

Anuar Murrar Garay. El primero es el cuento de una mujer vieja que, antes de su muerte, le narra a su sobrino la historia familiar. Esta historia es la de un fraude electoral y la represión militar que vino después de la protesta que produjo dicho evento, una represión que dejó muertos al hermano y al padre de la narradora. El tono que utiliza Corpi es fuerte y desafiante; la resistencia inflexible de la narradora se escucha claramente en su voz. Sus comentarios sobre los hechos del episodio que definió su vida (episodios demasiado comunes en la historia de tantos países latinoamericanos), la llevan a reflexionar sobre el destino humano. "Pensar, hijo", le dice la tía a su sobrino, "que los humanos creemos que el amor lo puede todo, pero el amor la mayor parte de las veces no compone nada. Y aún así, seguimos amando porque no nos queda más". Luego, comentando sobre lo que ocurrió después de la represión, concluye que: "Mirar a un vencido caminar es peor que ver a un animal agonizante. El ciervo no sabe ni quién ni por qué, ni si puede o hubiera podido hacer algo. El vencido sabe que la respuesta está al alcance de la mano, pero no se atreve. Y esa verdad es más mortífera que todas las balas del mundo".

El contenido del cuento de Anuar Murrar Garay, un escritor y periodista nicaragüense que además fue participante en el ejército sandinista, es también político. Se trata de un asesinato en Managua, de la corrupción local y su aprobación implícita por la participación del gobierno norteamericano en Nicaragua. El uso del género policial mantiene la tensión y el misterio a un alto nivel a lo largo del cuento. Hacia el final, cuando el lector se entera de la

corrupción del mismo periodista del cual dependía para entender la realidad de la situación, la corrupción se muestra absoluta e imbatible.

En algunos cuentos, el desafío hacia el "mainstream" se realiza a través de cómo se sitúan en relación a los géneros aceptados de la literatura latinoamericana, especialmente el realismo mágico y la literatura del "boom". En "Cebollas en medio del desastre" del colombiano Silvio Martínez Palau, este reto toma la forma de un humor satírico en el cual un paralelo acertado entre las "recetas" culinarias y literarias es construido. Por otro lado, en el cuento duro del salvadoreño René Edgardo Rodas, "Santiago la Bellita", la sexualidad se inserta de una forma violenta, inquietante, tanto entre los personajes como hacia el lector, en un ámbito de elementos maravillosos y de coloridos regionales, que lleva a una transgresión del género del realismo mágico y de las normas sociales. El resultado es un golpe fuerte que pega tanto al género literario como al lector.

Además, la antología contiene otro tipo de sorpresas que merecen mención por su destreza técnica. Entre éstas se encuentran los dos cuentos del boliviano Edmundo Paz Soldán, cuentos muy breves que podrían ponerse dentro de la categoría que en los Estados Unidos se ha llamado "Sudden Fiction". Son cuentos escritos en un estilo agudo que combinan elementos fantásticos y humorísticos, utilizados para cuestionar ciertos aspectos de la sociedad y la realidad.

Finalmente, si uno deja de lado los objetivos políticos de los editores por un instante, en la opinión de este crítico, el

mejor cuento de la antología es el último de la colección, "El mar" de Willy Lizárraga, un escritor peruano que en 1995 ganó el prestigioso premio Letras de Oro en Miami. Una historia que a un primer nivel parece simple, la de un niño que tiene miedo de quedarse solo a la noche y que no puede dormirse, llega a crear sutilmente una emoción de inesperada dulzura. La simpatía entre el lector y el narrador se logra gracias a que éste nos presenta sus sentimientos de una forma cuya autenticidad y sinceridad es sorprendente.

La presencia de las supersticiones de las criadas y de un brujo no es explotada para crear un costumbrismo pintoresco, sino incluidas como elementos simples, naturales, dentro de la búsqueda del narrador. Una búsqueda que lo lleva al sonido del mar en la noche, un sonido que se siente en la prosa misma, prosa que es a la vez tranquila y conmovedora, que lleva al niño a su descanso tan deseado y al lector al goce de la lectura.

Sergio Gabriel Waisman
University of California, Berkeley